

Isidora Chacón

Muerte súbita

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com
Imagen: © Sufinegro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Isidora Chacón, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-377-3
Depósito legal: M. 23.838-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Porque la muerte siempre nos sorprende

I

Adriano Ramírez hacía del café mañanero un rito imprescindible. Cada sorbo era un mantra religioso. La costumbre de levantarse al alba sobrevivía tras casi tres años de jubilación y cada día volvía a la pregunta de qué hacer con la vacuidad de su tiempo. Apenas controlaba las rutinas básicas de la vida sin su trabajo como jefe del Departamento de Investigaciones Criminales en Costa Rica.

A Adriano le resultaba imposible entender lo cotidiano de una casa cuando había vivido su vida en la calle, persiguiendo respuestas de sol a sol. Aún no aparecía algo suficientemente interesante que le hiciera pensar que la vida seguía teniendo sentido. En el pecho mantenía la sensación de ser un pedazo de carnaza escupida por la vida después de mucho masticar.

La tinta sobre el papel del periódico no fue más que figuritas danzantes, molestas y burlonas: «Mujer muere atropellada por el tren. En el cruce del tren en San Pedro de Montes de Oca, a la altura de la calle de la Amargura, en los alrededores de la Universidad de Costa Rica, Isabel Ríos fue mortalmente herida por el tren en su recorrido hacia Cartago. Al parecer, al amanecer del sábado, la víctima no escuchó el silbato. El maquinista ha declarado no haber visto a la mujer caminar sobre la vía. Las autoridades se encuentran realizando las indagaciones respectivas».

El rectángulo gris de la ventana quedó congelado por un instante. El paisaje se convirtió en un borrón y Adriano Ramírez tardó el siglo que hay entre dos segundos para reaccionar, sintiendo cómo el techo se derrumbaba. El paisaje fue un cuadro de luz sobre los tejados enrojecidos de óxido y repletos de hojas secas y podridas que había arrastrado el viento y que colmaban las canoas que inundaban el vecindario las tardes de lluvia. Un golpe en el estómago y un escalofrío le recorrió la espalda de arriba a abajo. «¿Será la misma Isabel Ríos?», se preguntó. Repasó la noticia buscando detalles que le dijeran que no era ella.

Tenía un mal presentimiento. El café fue breya en la garganta y quedó sobre la mesa. Adriano alargó la mano buscando el teléfono móvil. Al alcanzarlo, sus dedos siempre torpes frente al tamaño de la pantalla tenían el temblor de una mezcladora de pintura.

Marcó el número de Isabel. No hubo respuesta. Marcó el número de la Sección de Patología Forense del Organismo de Investigación Judicial y, ante la falta de respuesta, recordó que era domingo.

En el mapa, los cuarenta y cinco kilómetros cuadrados de la ciudad de San José podían ser tapados por un insecto, pero ahí se encontraba el mejor café del mundo. Al menos, eso era lo que creía Adriano Ramírez.

La ciudad se levanta en medio de un valle y se extiende como gran área metropolitana hacia todos sus costados, uniéndose con las poblaciones de las provincias cercanas. En las últimas décadas la ciudad se fue convirtiendo en un amasijo vial tortuoso del que cada fin de semana la población quería escapar para, en pocas horas, alcanzar algún paisaje o una playa donde tomar el sol.

Era lunes y Adriano Ramírez se preparó temprano para atravesar la capital de este a oeste. Quería llegar temprano a la Ciudad Judicial y allí poder consultar sobre la noticia que había leído.

Salió del estacionamiento con su viejo Mercedes rumbo a San Joaquín de Heredia. En el centro de San José, atravesó la avenida primera apenas pasadas las seis de la mañana, aprovechando que aún no iniciaban los atascos. Cuando la congestión vehicular empezaba, era delirante el frenesí de los pitazos y la creciente tensión entre los conductores. Todos debían atravesar la bulliciosa ciudad para alcanzar su lugar de trabajo, y regresar a sus casas extenuados al atardecer,

con un promedio de dos horas de lucha vial en cada trayecto.

El tránsito entre calles se cortaba cada cuadra, amén de un sinnúmero de semáforos supuestamente inteligentes, más bien bastante torpes, que habían perdido su sincronía menos de una semana después de colocados, haciendo que cada cuadra tuviera el premio de una luz roja para el conductor, sin importar la celeridad que se pusiera en la marcha.

Al llegar cerca del Mercado Central, a un lado y otro de cada calle, se apiñaban algunos camiones que destilaban diferentes aromas; entre ellos, camiones con refrigeración que, al desplegar sus puertas traseras de par en par, daban paso a un desfile de carniceros llevando en andas costillares de cerdo y vacuno, según la secuencia de los locales del mercado. Otros, dispensando sacos de comida para animales o descargando la bonanza de todo el predio agrícola de las provincias vecinas, haciendo gala del soporte de carretillas para sacos que pasaban incansablemente entre el lento fluir de los vehículos.

«¡Putra madre!», gritó Ramírez para sí, golpeando el volante, porque había escogido esa ruta para dirigirse a la Ciudad Judicial en San Joaquín de Flores, y ahora no podría avanzar entre el enjambre de camiones. La respiración se le cortaba en el pecho sin poder escapar del sentimiento de levitación sobre la absurda realidad que le rodeaba. Insistentemente cambiaba de estación en la radio y esta le negaba mayor información sobre la noticia de la mujer atropellada por el tren. Las emisoras radiales noticiosas repetían una y otra vez los titulares de los periódicos, en una revisita constante a noticias que ahora le pa-

recían banales y que otro día le hubieran resultado animadas.

El trayecto hasta la Ciudad Judicial se le hizo eterno. La Ciudad Judicial se ubica en la provincia de Heredia y se levanta en medio de un predio de diez hectáreas. Cuenta con varias edificaciones, entre ellas el edificio de medicina forense, que brinda el servicio a todo el Poder Judicial, así como la Escuela Judicial, centro de especialización de las judicaturas, y el centro de entrenamiento del Organismo de Investigación Judicial.

Esas edificaciones, de un piso de altura, comparten el terreno con varios edificios administrativos. Solo destaca con varios pisos de altura el edificio de la morgue.

También se encuentran ahí los encierros de la Unidad Canina, desde donde se escuchan ladridos cada tanto. Conocida como K-9, la Unidad Canina cuenta con canes de las razas *golden retriever*, pastor belga, *malinois* y labrador; y se especializa en la búsqueda de sustancias psicotrópicas en general, de hidrocarburos, de explosivos y de olores de restos humanos. Los canes son adiestrados especialmente para desempeñar su labor y llegan a convertirse en verdaderos compañeros de trabajo. Leales y nobles como ninguno, logran hazañas asombrosas en el cumplimiento de su deber.

Casi dos horas después, Adriano Ramírez se detuvo frente a la aguja de la entrada de la Ciudad Judicial y esperó a que le abrieran. Pensaba pasar de una vez, como lo hacía antes, pero el guarda era nuevo en el puesto, por lo que Adriano extrañó la deferencia con que antes era recibido. El guarda no lo conocía y

Adriano debió presentarse. Después de entrar, dejó su vehículo en el parqueo de visitantes. Camino a la morgue, ladraron los perros, por lo que Adriano apuró el paso como si lo siguieran. Al hacerlo se dio cuenta que le flaqueaban las piernas.

El edificio de la Morgue Judicial se levanta sobre un terreno arenoso y rojizo, disimulado por parches de zacate San Agustín, ahogado cada mañana por aspersores de agua dispuestos en cuadrícula. La entrada cementada conduce hasta unas puertas dobles vidriadas, con moldura de aluminio, que devuelven su imagen al visitante.

Acercándose a la puerta de vidrio, Adriano tuvo la sensación de verse venir a su propio encuentro, recibiendo él mismo en una visita más bien macabra. Muchas veces antes había realizado el mismo recorrido en su función de jefe del Departamento de Investigaciones Criminales, pero esta vez era distinto.

En la planta alta del edificio se encuentran las salas de patología y el depósito de cadáveres. Todo cuerpo que se presume muerto en condiciones poco claras es remitido ahí para una minuciosa inspección forense.

Aún entonces, frente a la morgue, Adriano pretendía que la verificación del caso levantara el velo de duda y temor que llevaba en el pecho y con el que había salido de la casa y conducido hasta allí.

Caminó con paso solemne desde el portón del edificio hacia el recibidor del Organismo de Investigación Judicial, donde nuevamente las puertas acristaladas le devolvieron una imagen, esta vez, inequívocamente desgastada por el tiempo y por los nervios desde el día anterior.

Había pasado las últimas veinticuatro horas tratando de lograr comunicación con la Morgue Judicial, entre el cansancio de los nervios y el golpeteo de su cerebro, con el pensamiento enmarañado e improntas de imágenes y recuerdos de todo tipo. Una mirada, un aroma, una presunción, mil preguntas, negaciones y discusiones internas sobre todo lo que habían sido los últimos meses de su vida y lo que ahora se abalanzaba sobre él. Un deseo superior de que la realidad no fuera la que se avecinaba.

La noche anterior en su duermaveela se había visto rogando. «No me guardes rencor... Y ahora qué... No, no, no...», y se despertaba sudando para volver a lo mismo apenas cerraba nuevamente los ojos.

—¡Don Adriano Ramírez!, es un gusto saludarlo. ¿Qué le trae por aquí, en qué puedo servirle? Es un honor... —dijo Fabián Agüero, asistente especialista en anatomía patológica, según pudo leer Adriano en el gafete que colgaba de su cuello.

Mientras le tendía la mano, Adriano pudo observar la leve decoloración blanquecina y escamosa de los dedos, causada seguramente por la dermatitis eccematosa propia del uso descuidado y persistente de la formalina. Esa pequeñez le mostraba un reflejo de la negligencia del funcionario en el desempeño de sus funciones.

—He venido a ver el cadáver que llegó el sábado por la mañana —dijo Adriano y, en esa frase que había dicho tantas veces, le tembló la voz.

—Nos han traído tres cuerpos el fin de semana: un indigente que al parecer murió por intoxicación, un ahogado en playa Jacó y una mujer que fue arrollada por el tren en San Pedro de Montes de Oca. ¿Cuál quiere ver? —dijo sin disimular su costumbre de recibir y procesar cuerpos en su desgracia final.

Conforme avanzaban por el pasillo, el olor a formalina se agudizaba hasta llegar bajo el rótulo que rezaba «Sala de Patología». Ese olor trajo recuerdos a Adriano.

Por muchos años Adriano Ramírez trabajó en distintas dependencias del Poder Judicial de Costa Rica. En el comienzo, como asistente de agente judicial, unos treinta y cinco años atrás, Adriano aprendió muchas cosas.

—¿Ese expediente que tiene usted ahí, Adriano, es el de los estudiantes? —le había preguntado su jefe un día, que sin esperar respuesta continuó—: Ese tipo, Pereira, el que los mató, se metió y los sometió a todos...

—Pero eran muchos... —musitó Adriano.

—Fácil —respondió su jefe—. Pereira llevaba un arma y apuntó a uno de ellos, les dijo que debían obedecer o le disparaba ahí mismo a su amigo. Temiendo por la muerte de su amigo, los hizo atarse entre ellos y luego abusó de las chicas. Esos muchachos no debieron creerle, mejor que matara a uno que a todos, pero la gente buena no piensa así, ni así de rápido... Y los mató a todos... o eso creyó. Una menor que estaba de visita con los chicos quedó viva y ha podido identificarlo y declarar. A ese bruto lo mejor sería ponerle una bala entre las cejas y no alimentarlo entre rejas por siempre... así nos aseguraríamos de que no lo vuelva a hacer, les queda la maña, ¿sabés?

Unos días después del comentario de su jefe, Adriano debió visitar la morgue para asegurarse de la identidad de Pereira, quien fue ultimado mientras cruzaba el patio de la cárcel que comunicaba la unidad preventiva con la sección de máxima seguridad.

Ese tipo de situaciones fueron el contexto laboral de Adriano desde su ingreso.

Adriano Ramírez conocía bien la Ciudad Judicial. Al entrar el edificio de la Morgue, buscó la sala de patología. Lo recibió la luz estridente de una docena de tubos fluorescentes que iluminaba el área de trabajo. Seis mesas de acero inoxidable situadas en el centro del espacio constituían el foco de atención, mientras en la pared lateral derecha podían verse los nichos de refrigeración para cuerpos en proceso de investigación. Un sinnúmero de instrumentos poblaba las mesillas y paneles dispuestos para el trabajo.

Desde el fondo se acercó el jefe de patología. Su paso tranquilo podía confundir a algunos, pero para Adriano ese hombre era una máquina de trabajo, un potente revelador de realidades que se enfrascaba en su trabajo como ninguno, cada vez que recibía un caso que no le parecía del todo claro. Ya habían colaborado en su época como judicial y aquella había sido una alianza gananciosa para la solución de los casos más escabrosos.

Fernando Segura había estudiado medicina en la Universidad de Costa Rica y se especializó en medicina forense en el Instituto de Medicina Forense del Hospital Universitario Charité, en Alemania y, heredando la tendencia de esa *alma mater*, siempre insistía en que era médico forense al servicio del ejercicio legal y no un patólogo que indagara solo las causas de

muerte de las víctimas. Años atrás, Segura insistía en que lo suyo era buscar el cómo esto que está sobre la mesa de trabajo tiene cabida dentro del proceso judicial en su conjunto.

Fernando Segura era un hombre bajito y delgado para su edad. Había conseguido sus estudios a base de esfuerzo y becas. En su juventud, cuando le asignaron la beca para estudiar en Alemania, solo diez meses antes de su partida, y en lo que su horario laboral le permitía, se metió a fondo a estudiar alemán en el Instituto Goethe de San José.

Ahora insistía en que un patólogo y un médico forense tienen tanto en común como un oculista y un ginecólogo. En otras palabras, decía: «Solo compartan un título en medicina».

Justo al entrar en la sala de patología, Adriano vio a su amigo, Fernando Segura, junto a una de las mesillas.

–Hola, Fernando. Vengo acongojado –dijo Adriano.

–Pasá, Adriano. Con gusto te ayudo en lo que pueda –respondió Segura.

–Vengo por la noticia de la mujer que fue atropellada por el tren –continuó Adriano.

–Esto es lo que tenemos hasta ahora –indicó Fernando Segura–. Un tren es una cosa pesada, ya sabés. Nada menos que treinta y tres toneladas el de dos vagones... el cadáver venía en mal estado, la rapidez de respuesta al traerlo a nuestra sala nos ayuda en el estudio y me ha sembrado algunas dudas.

Las manos crispadas de Adriano sintieron el frío de la camilla de acero con la esperanza de una equivocación.

–¿Dudas? –preguntó Adriano.

–Bueno, apenas empiezo el estudio, ya me conocés –dijo Segura, y levantó un poco la sábana que cubría el cadáver.

Adriano se apertrechó en su experiencia para resistir lo que veía. Segura seguía comentando.

–Lo que es claro es que esta mujer tenía un gusto particular. –La sábana alzada dejó ver una pierna de mujer, dorada de sol y con una gárgola como tatuaje a la altura del tobillo.

Una tos nerviosa le subió por la garganta y Adriano se volteó para disimular su impresión, mientras tosía apoyándose en el antebrazo. Recordó, como una bofetada, la primera vez que miró a la muchacha en la barra del café, sus largas piernas doradas apoyando unos altos tacones de color verde en la barandilla del asiento y la figurilla sobre el tobillo... la figurilla en... otra tos y otra y otra.

–Hasta el momento, esto es lo que tenemos, Adriano. Estoy esperando que Vinicio Cabrera, del Departamento de Análisis de Evidencias, registre apropiadamente todo lo encontrado. ¿Ves esto, Adriano? La chica estaba enamorada de los animales fantásticos. Pero ¿qué te pasa? De seguro has vuelto a tus andadas sin cuidarte, sin comer, sin dormir, mirá tu cara, Adriano. A ver, ¿podés decirme cuál es tu interés en este caso?

Adriano hizo un gesto a Agüero para que le acercara un vaso de agua, pero no pudo sostenerse y salió del salón aún con el vaso en la mano. Detrás de él iba Fernando Segura con cara de preocupación. Ya sentados en una de las bancas del pasillo esperó a que su amigo se recompusiera. El minuto siguiente fue sufi-

ciente para desplegar el alcance de su reconocido ojo clínico.

–La conocés, Adriano... ¿La conocés?

–Es ella, es la Isabel Ríos que conozco –dijo Adriano con la voz entrecortada.

–Mejor salgamos de aquí... –dijo Fernando Segura arrastrando del brazo a su amigo por el viacrucis del pasillo hasta la puerta de salida.

OLVIDO

*Quisieras no tener que conocerme,
el olvido tiene hambre y ataca,
separarte sin partir.*

*Sinapsis de campanas sordas, oxidadas de
tiempo y lluvia.*

—Adriano, ¿me acompañarás el domingo a ver a mamá?

—No sé si pueda, Miranda. Debo releer los expedientes que se están apilando.

No tenemos muchos recursos en la oficina, vos sabés.

—Me dijiste lo mismo la semana pasada... por lo menos, decime cuándo podrás acompañarme.

—No sé cómo estarán las cosas, este puesto es como ir en andas, te llevan, te llevan, no sé si podré. Te mandaré un mensaje, ¿sí? De todos modos...

—De todos modos, ¿qué? De todos modos, no se da cuenta de nada, querés decir. No importa. ¿Querés café?

—No, ya me voy, se me hace tarde.

Adriano salía con algún tipo de presión en el pecho sintiendo que era el temor de mirar la realidad lo que le apartaba cada vez más de esas visitas necesarias.

¿Las personas envejecen y se van desdibujando, o es la mirada del otro lo que los transforma y volatiliza?

—No venís conmigo por cobardía, Adriano. ¡Te da miedo verte en ese espejo! Pero no sos el único. Hablar del tiempo es casi pecado, ves. El tiempo es un escenario, Adriano. ¿No te parece raro? La vida en el escenario del tiempo, la muerte del lado contrario. ¿Quién en su máximo esplendor se plantea la muerte?

—¿Por qué hablás de la muerte, Miranda?

—¿Hablo de qué? No sé, no sé qué es eso. ¿Qué es la muerte, Adriano?

Adriano Ramírez había llegado al puesto de jefatura del Departamento de Investigaciones Criminales quince años atrás, después de un escrutinio minucioso por parte de los miembros de la Corte del Poder Judicial. Había tenido que hablar hasta de la talla de sus calzoncillos y aun así algunos no estaban contentos. Buscaban migas con que deshacerse de ese tipo que tenía fama de no caer en tentaciones; y es que muchos habían llegado a su propio puesto de magistratura haciendo mucho *lobby* con diputados, porque finalmente eran ellos los que los elegían. Con eso empeñaban una buena porción de su libertad en la toma de decisiones. Entonces, un tipo como Adriano no era de buen ver.

Fue proverbial la forma en que los magistrados destacaron que su nombramiento se dio como reconocimiento a su abnegada labor contra la delincuencia, la corrupción y el trasiego de personas indocumentadas en las zonas portuarias y fronterizas del país. También fue proverbial la forma en que los medios de comunicación asumieron su labor destacando siempre lo negativo de su accionar.

Por aquellos días Adriano atendía los casos más gordos que se presentaban, incluyendo los vinculados a nivel internacional, como el tráfico de drogas. No obstante, Adriano insistía en mantenerse también al tanto de los asuntos más sencillos.

Los casos más frecuentes estaban relacionados con narcotráfico o menudeo y ajusticiamientos; como el del indocumentado nicaragüense que, con tres semanas en el país, según los informantes, había muerto a balazos en un sitio llamado La Unión, en Cartago. Los asesinos serían dos hombres que huyeron en motocicleta. Sobre esos mismos hombres, días antes, el Organismo de Investigación Judicial había difundido un video donde se les veía a bordo de una motocicleta, acercándose a un vehículo y disparando en repetidas ocasiones al ocupante. El sujeto acribillado esa vez fue un hombre colombiano que murió en el lugar, con heridas en rostro y abdomen. Todo sucedió en las inmediaciones de la Clínica Durán. El sujeto radicaba en el país desde hacía dos años, esa noche manejaba un auto de lujo, tenía antecedentes por portación ilegal de armas, tenencia de drogas y conducción temeraria... a decir de los agentes judiciales: otro *angelito*.

En el habitáculo de la morgue, Fernando Segura se dispuso a realizar la revisión de los restos cadavéricos del cuerpo identificado como Isabel Ríos.

–Es preciso que seamos minuciosos, Fabián.

–Siempre, jefe.

Fernando Segura insistía en la importancia del análisis tanatológico del cuerpo. Insistía a Fabián sobre la importancia de conocer, inmediatamente recuperado un cuerpo, la temperatura que tenía, entre otros elementos.

–¿Hora anotada del deceso?

–Cinco de la mañana, don Fernando.

–Ajá... ¿Y por qué no tuvimos rigidez cadavérica?

–No me había fijado, don Fernando, di por hecho que había fallecido en el atropello y...

–No se puede ir tan rápido, Fabián. Acordate que estamos aquí para saber las cosas, para apoyar el caso, no para procesar cadáveres solamente. Vamos a revisarlo todo.

–Aunque, don Fernando, sería bueno enviar una muestra de tejido al laboratorio solo para descartar un posible retardo de la rigidez con mezcla de carbonato de calcio...

–Cierto, Fabián, ya estás pensando claro. Envíe la muestra y me tiene al tanto, aunque con el acta del levantamiento del cadáver ya sabemos muchas cosas.